

Micropolíticas de la novedad en la repetición institucional.

Lic. Andrea Vidal⁵

“Escribir desgarra la compulsión a la repetición del pasado en el alma.

¿Para qué sirve escribir? Para no vivir muerto.” (Quignard, La barca silenciosa)

Hace unas semanas asistiendo a una obra, rescaté que se mencionaba al teatro como un fenómeno de repetición, la misma escena una y otra vez, donde sin embargo se pincelan diferencias. Pensé en ese momento en las ideas que me rondaban para este escrito, y también en las olas del mar, en su incesante y maravilloso vaivén. Lo que se repite puede tener un efecto de belleza, no solo de pesar.

Y recordé estos párrafos de un libro que alguna vez me atrapó para siempre.

Dice Milan Kundera en *La insoportable levedad del ser*:

“En el mundo del eterno retorno descansa sobre cada gesto el peso de una insoportable responsabilidad. Ese es el motivo por el cual Nietzsche llamó a la idea del eterno retorno la carga más pesada. (...) entonces nuestras vidas pueden aparecer, sobre ese telón de fondo, en toda su maravillosa levedad. Pero ¿es de verdad terrible el peso y maravillosa la levedad? (...) La carga más pesada es la imagen de la más intensa plenitud de la vida. Cuanto más pesada sea la carga, más a ras de tierra estará nuestra vida, más real y verdadera será. (...) la ausencia absoluta de carga hace que el hombre se vuelva más ligero que el aire, vuele hacia lo alto, se distancie de su ser terreno, que sea real solo a medias. Entonces, ¿qué hemos de elegir? ¿El peso o la levedad?”

Las instituciones resultan campos privilegiados para observar aquello que se repite en el discurso, más allá del actor o vocero del momento. Un coro que eterniza la queja o lo que no marcha cuando se busca remediar el malestar a modo de una sutura sin resto ni misterio. Puede producir un efecto de aplastamiento, de rutina paralizante y también puede motorizar la invención y el espacio para un trazo en la diferencia que sacuda lo mortificante.

⁵ Lic. VIDAL, Andrea. Lic. en Psicología. Jefa de Psico-oncología y Coord. del Equipo de Cuidados Paliativos del Hospital San Martín de La Plata. Especialista en Psicología Sanitaria. Supervisora clínica hospitalaria. Viajera institucional entusiasta del psicoanálisis en el lazo con otros discursos. Email: avidal633@gmail.com

Un saber hacer con la emergencia del síntoma, con lo que no funciona y retorna, una y otra vez. Si hacemos lectura de ello y advertimos lo inevitable de este movimiento, podremos quedar un tanto al margen de su efecto arrasador para generar otro, que habilite algo nuevo.

Para no morir de inercia en el viaje por las instituciones, la apuesta es mirarlas con ojos nuevos que recorten algún detalle no visto antes. Armar cartografías que tracen mapas propios, vivos, deseantes, entre los muros muchas veces húmedos y sombríos que cobijan el andar cotidiano. Recorridos diferentes, sentidos nuevos.

Cartografías vivificantes que renuevan el paisaje y la forma que tenemos de habitarlo en los lazos que entretejemos. Es una linda aventura que conjura algo del eterno retorno, los invito a experimentar la travesía.

En estos años como viajera hospitalaria y también en el primer nivel de atención, puedo ubicar marcas de la repetición en las prácticas que tienden a universalizar ideales en la intervención. Curar, salvar, erradicar, comunicar sin falla en ese encuentro con otro que nos necesita. En el marco de una perspectiva de derechos. Quizás convenga pensar si ese otro necesita algo y de qué se trata.

Veamos si algún giro posible habilita levedad en la experiencia del pesar. Porosidad para lo que tiene consistencia férrea, invocante de esperanzas de redención del sufrimiento de un modo totalizante. De otro modo, el efecto es una carga pesada, llena de frustraciones e impotencias.

El psicoanálisis permite aliviar ese peso que atraviesa a otros discursos, por la vía de señalar los imposibles.

Voy a tomar dos problemáticas distintas, sexualidad y muerte, de las enormes historias mínimas de las que somos testigos.

La primera de mi tiempo en los CAPS y el Programa de Salud Mental en la ciudad de La Plata, cuando también armamos un programa de fortalecimiento de los equipos de salud para la atención de situaciones de violencia. El querido Profavi.

Desde el principio intentamos ir ahuecando algunos ideales que comandaban la práctica, de a poco. Esas banderas flameaban alto.

Amor, sexualidad y barrio

El barro de la historia se teje en una trama de texto. Se hilvanan anécdotas haciendo nudos en los puntos flojos, siempre en tensión con la resonancia de quien escucha. Con sus propias urgencias y temores. Recuerdo una de las primeras reuniones de equipo. Había una ilusión de ser el equipo salvador de las mujeres. De todas las que pudiéramos. Había una situación de urgencia a unos kilómetros de dónde estábamos, ahí en el edificio de la diagonal frente a los jacarandaes. En un barrio en lo profundo de la ciudad, una mujer estaba en riesgo y había buscado ayuda en el Centro de Salud. Vivía con una pareja que la violentaba y esa tarde había llegado a un límite. Todo el engranaje se puso en marcha, ahora que había un equipo de quien esperar una respuesta específica. Después de pensarlo un poco y ya despuntando los debates, parte del equipo salió rumbo al barrio donde vivía la mujer. Tan rápido como se pudo. Llevaban dinero para transporte y alguna noche de hotel que la pusiera a resguardo. Llevaban apuro por llegar y mucha urgencia para intervenir. Volvieron con las manos vacías. Y las buenas intenciones por el piso. Tanto que habíamos pensado cómo ayudarla. Al final había que ver si era necesario el equipo en la urgencia, porque la verdad que salir corriendo para nada...para escuchar un rato a la mujer y que después de desahogarse dijera que iba a volver a su casa.

Pero bueno, les agradezco que hayan venido pero no entiendo bien para qué se tomaron la molestia. Yo no dije que me quería ir ni lo quiero denunciar, el Cali es un buen padre a pesar de todo y nosotros siempre discutimos porque a mí no me gusta que tome y se ponga agresivo, se la agarra conmigo nada más, con los chicos no. Después se le pasa, y estamos bien. Él no nos hace faltar nada. Hoy vino borracho y empezó a los gritos, yo para no escucharlo me vine para vacunar al más chiquito que le tocaba la de los tres meses. Y como estaba un poco alterada le conté a la enfermera. Siempre le cuento mis cosas a ella, a veces me convida un mate cuando hay poca gente para atender. Y charlamos. Pero hoy me dijo que iba a llamar a la Secretaría que había un equipo nuevo que había que avisarle todas las situaciones de violencia, que estaban para ayudarnos. Y no me dio tiempo a nada que ya estaba llamando por teléfono. No me fui porque me dijo que ustedes llegaban enseguida. Me dio vergüenza y me quedé para que

no vinieran de gusto hasta acá, pero yo no me quiero ir de mi casa. Y ahora perdónenme pero no me puedo quedar. El Cali va a sospechar que me fui para otro lado porque estoy tardando mucho para una vacuna del nene, a esta hora siempre hay poca gente en la salita.

Y así, de distinta forma y con más o menos urgencia, se fueron repitiendo en series convergentes situaciones en las que se activaba el chip del salvataje y las intervenciones que informan sobre derechos para arrancar a las mujeres del lazo violento con sus parejas. Mismo patrón, misma desilusión cuando la luna de miel los reunía otra vez.

Paulatinamente algo se fue reconfigurando en el Programa y se empezó a soportar esta forma de goce para abordarlo de otro modo, aprendiendo que era algo más complejo de desmontar que brindando información y ofreciendo refugio.

Muerte hospitalaria

En el trabajo de interconsulta que convoca a los agentes de salud mental, analistas en el campo del discurso médico, recorto un sintagma que se ofrece a la repetición incesante en algunos pedidos que se nos dirigen. *“No sé si el paciente entendió el diagnóstico que le informamos y el mal pronóstico que tiene.”*

¿Cuál será el signo de comprensión que el médico espera del paciente en esta coyuntura? ¿Cómo transitar la vida que queda bajo la sentencia de que en un tiempo se la perderá inexorablemente, confrontando al sujeto a un duelo único, el de su propia existencia?

En los textos de post guerra Freud advierte sobre la humana tendencia a rebajar la muerte de condición necesaria a contingente. Para el inconsciente todos somos inmortales. El pasaje a saber sobre la propia muerte implica el trauma y la posibilidad de tramitarlo por la vía del deseo, lo único que permite no morir de forma anticipada, evitando la muerte subjetiva en ese resquicio que ofrece la experiencia de levedad para lo mortuorio de un destino que resta aún vivir.

Así las cosas, ¿qué esperan de nosotros y qué operatoria posible en esta interpelación sobre la conciencia de finitud?

Es una mujer pequeña de espíritu enorme. Aunque los resultados no dan bien ella dice que no se siente mal, y ahí va. Caminando despacito para que su hija no tenga que empujar una silla de ruedas. Hoy no trae el andador. Me cuenta que es difícil maniobrarlo para subir al micro. Viene con su hija, la que cumple quince en unos meses, la que la acompaña siempre. Viajan cuatro horas en la Costera para llegar al hospital desde el conurbano – casi como ir a Mar del Plata-. Me acerco a la piba para ver cómo anda. Se angustia. La llevo al consultorio, me sienta y la miro a los ojos. Me dice que sabe que no son buenas noticias pero que ella quiere un tiempo más con su mamá. Se quiebra y se me estruja el pecho. Una vez me contó que siempre soñó con festejar los quince. Que no tienen para un salón. Algo chiquito, en su casa. Elegir un vestido con la ayuda de su mamá. Le pregunto la fecha de su cumpleaños y le digo qué tal si sus quince puedan ser ese mismo día –el once- pero del mes que viene. Le cambia la carita, un brillo en la mirada. Se me estruja el pecho de nuevo. Pasan las semanas, llega esa fecha, y un nuevo control médico de la madre. Le pregunto si festejaron el cumple y me dice que no. Que su mamá le dijo que va a llegar, que faltan dos meses pero que ella va a estar para el día de los quince, que no hace falta festejar antes. Pasan los meses y siguen sacando turno para los controles. La hija me escribe para que avise a los médicos que su mamá está con dolor, que no se puede levantar para ir al hospital. Veo a algunos médicos mirar los resultados del laboratorio y con gestos de asombro decir que no se entiende cómo sigue viva. Ella me había contado que todavía se paraba en la puerta de la casa para mirar a sus hijos chiquitos cuando se toman el micro para ir a la escuela, porque hasta la parada ya no podía acompañarlos. Otro médico no se asombraba del mismo modo, él suele decir que no saber tanto detalle de la enfermedad o transitarla de un modo un tanto ajeno muchas veces hace que la gente viva un poco más. Recordé que me había dicho que para ella la enfermedad era algo que iba como en paralelo, que ella seguía con sus cosas y la enfermedad estaba ahí, como de costado. Llegó a los quince de su hija, lo festejaron, y vivió cuatro meses más. El futuro no le llegó hace rato.

Dos pinceladas más: Viviana me regaló una taza con esta leyenda: “quiero vivir sin darme cuenta”. La última vez que la vi poco antes de su muerte, se despidió sabiendo que no habría un nuevo encuentro. Estela dijo que para ella el cáncer por el momento es solo una palabra. Su cuerpo no lo percibe aún como amenaza.

Repetición por la vía del encuentro con lo real, de lo que no cesa de no inscribirse. Un campo de lectura y acción analítica que nos ofrece posibilidad de invenciones en las instituciones que habitamos y los discursos que comandan en ellas.

Artificios creativos que despierten del empuje de los ideales que encuentran su límite en las orillas del eterno retorno de lo igual, lo enigmático de la sexualidad y la muerte.

Para los vínculos que anudan a un partenaire violento, la ocasión de situar cada vez, esa trama de goce opaco que impide que una separación sea la solución, ya que se trata en el mejor de los casos de habilitar la separación de una posición en el fantasma, hacia formas de lazo menos mortificantes.

Para los albores de la vida amenazada por una enfermedad grave, lejos de la sobreadaptación a la noticia paralizándolo al sujeto en una muerte anticipada, habilitar el trazo del deseo que sostenga el impasse y bordeé el trauma haciendo que alguien pueda estar vivo hasta su muerte.

El desafío, siguiendo lo dicho hasta aquí, implica también algún pasaje de estas noticias al campo médico o del discurso imperante. Introducir el no – todo, los imposibles, los efectos mortificantes, cuestionar de algún modo los ideales que ululan en el coro de la repetición, estableciendo sus causas cuando es posible.

Micropolíticas que vehiculizan la novedad en el eterno retorno de lo igual, pequeños resquicios vivificantes.

Entonces, ¿qué hemos de elegir? ¿El peso o la levedad?

Nos dice Kundera que es la más misteriosa y equívoca de todas las contradicciones.

Bibliografía:

- Freud, S. De guerra y muerte. Temas de actualidad. (1915) La transitoriedad (1916). Obras completas. Amorrortu editores. Tomo XIV. Buenos Aires, 1993.
- Kundera, M. La insoportable levedad del ser. (1984) Tusquets Editores. Barcelona, 1993.
- Mitre, J. El analista y lo social. Grama ediciones. Buenos Aires, 2018.

- Sawicke, P. y Stillo, B. (comp) Relaciones violentas: entre el amor y la tragedia. Grama ediciones. Buenos Aires, 2014.